

EXPEDICIONES HEROICAS

Por el P. Miguel Selga S. J.

No sé qué es más duro si el congelarse de frío en la noche perpetua de los hielos polares, o el derretirse de calor bajo un sol ardiente en los desiertos tropicales.

Arrojados de España y fracasados en su intento de dominar a Europa, los musulmanes de Berbería actuaron, por varios lustros, como carceleros de la cristiandad. Túnez, Argelia y Marruecos se constituyeron en reinos piratas; ciudades costeras se convirtieron en nido y madriguera de la piratería, de donde como fieras en acecho, a bordo de lijerísimos bergantines, armados en corso, turtos y bereberes se lanzaban sobre las naves de las naciones cristianas, que, cargadas de mercancías y pasajeros, cruzaban el Mediterráneo o bien se echaban sobre algún pueblo costero de España, Francia o Italia que sometían a saqueo, sangre y fuego. Los cautivos, una vez vendidos en los mercados de Túnez y Argel, eran sometidos a los trabajos más humillantes, duros y crueles. Los establos, los baños, los lugares inmundos servíanles de refugio, cuando no estaban trabajando: labraban la tierra, cortaban mármoles, remaban en las galeras, molían trigo en molinos de piedra, servían en las naves que iban a caza de cristianos.

El látigo de los comitres y canataces caía sin compasión sobre las espaldas de los esclavos. El sol ardiente de Africa hería sus cabezas y torsos desnudos, hasta retostarlos. Un testigo los pinta tostados por el sol, que arde como un horno, capaz de matar a los caballos; al ardor de los rayos del sol de mediodía, la piel de los cautivos se cuarteaba y caía a jirones. Un trozo de mal bizcocho o un puñado de arroz con un poco de agua era toda la vida. En aquella atmósfera excesivamente caldeada, en que habían de respirar, veíaseles sacar la lengua, como los perros sedientos. Cuando no rendían el trabajo exigido, lo mismo en las canteras de mármol, que en las piedras de molino o en las galeras, no era raro ver a los capataces cortarles la nariz, una oreja y hasta la cabeza, de un hachazo.

Lanzarse desde el golfo de Lion a las costas africanas y convertir las mazmorras y baños de Berbería en modestas iglesias, donde se frecuentaban los sacramentos y se celebraban con devoción los ejercicios del Viacrucis y de las Cuarenta Horas: recorrer los pueblos de Berbería, en son de visita misional, acechados por bandas de árabes enemigos dispuestos a robar, apalear y estrangular: predicar el evangelio a

individuos persuadidos de que, por grandes que fuesen sus maldades, habían de alcanzar el paraíso con tal que lograsen pervertir a un cristiano: enaltecer la sublimidad de la pureza ante jóvenes dispuestos siempre a dar satisfacción a los instintos inmundos y rodeados de amos y capataces ansiosos de encontrar cómplices de sus apetitos inconfesables: saltar a las galeras ancladas en Túnez, La Goleta y Bicerta, para instruir, catequizar, consolar y aliviar a los cautivos, haciendo caer las cadenas de los esclavos, celebrando con ellos ágapes fraternales y ejercicios religiosos: internarse quince leguas tierra adentro, a través de árido desierto, para evangelizar cautivos que, por espacio de veinte años habían estado cultivando de sol a sol tierras ajenas, o para llevar la paz de Dios, en los últimos momentos de la vida, a centenares de cautivos que eran barridos de la tierra por el azote de la peste: expediciones son éstas que sobrepasan lo heroico: actos son éstos que, ni los mercaderes metalizados, ni los aventureros que andan a caza de gloria, jamás soñaron en acometer: estas expediciones son glorias que enaltecen la vida de aquellos intrépidos misioneros que, en el siglo diez y siete a impulso de San Vicente de Paúl, se convirtieron en redentores de los esclavos y cautivos del norte de Africa.